

# P A P E N F U S S

BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS

## ESPECIAL NAVIDAD



Para participar en este boletín, puedes enviar relatos de hasta 1.000 palabras o poemas de hasta 20 versos a [revistapapenfuss@gmail.com](mailto:revistapapenfuss@gmail.com)

### DICKENS REVISITADO

@Fantomastxiki

Está rogando, siendo atea,  
para que hoy no llueva.  
Llevan zapatos con agujero,  
los niños, su pareja, ella.  
Y ahí, esperando a enero,  
porque ha mermado el parné,  
y los reyes son los padres,  
y con un curro chungo, no vale.



### HISTORIAS DE FANTASMAS

Ángeles Mora

El fuego crepita en la chimenea y el parpadeo de las velas parece otorgar una densidad de ensueño al aire que aún huele a *pudding* de Navidad. Jane lo ha dispuesto todo para que los más pequeños disfruten de la tradición familiar mientras los mayores charlan y beben *brandy* en la biblioteca. Pronto, el protagonismo será de la abuela que, como buena matriarca, es la encargada de contar las historias de fantasmas propias de estas fechas. Esta Navidad es muy especial, por eso los niños van ocupando sus lugares en silencio, con la respiración inquieta y las miradas huidizas. Jane sabe que el miedo pasará y que se acabarán acostumbrando a sentarse en círculo alrededor del ataúd y a que las historias vayan saliendo de un cuerpo inmóvil y amortajado, a través de una boca cosida.



## MI MADRE, LOVECRAFT Y LOS CALAMARES RELLENOS

Ana Tomás

Qué cosas tiene mi madre, que dice que el calamar relleno es un engendro hijo de Cthulhu nacido en alguna profundidad marina donde no llega la luz del sol, una criatura abisal que se alimenta de pececillos pestilentes que harían vomitar al mismísimo Lovecraft si tuviera el valor de probarlo (que no lo hizo nunca porque él sabía de lo que hablaba, para eso se lo inventó, a Cthulhu, no al calamar relleno) porque él comía otras cosas más sencillas y corrientes como pavo asado con salsa de arándanos, puré de patatas y galletas de jengibre, hija por dios, esas patas hechas picadillo dentro de ese cuerpo, barriga, bolsa, como sea que se denomine a la cavidad, ese mejunje que se esparce por el plato al cortar con el cuchillo al bicho en cuestión, por muy prensado que esté, ese color raro... quita, quita, hija por dios, donde se ponga una pierna de cordero asada o un cochinitillo, que sabes lo que es, que se ha criado en el campo, a la vista de todos... calamar relleno... que más feo no puede ser, que da repelús solo con verlo, esa tinta negra en las tripas... calla, calla... a quién se le ocurriría semejante receta... que va a ser que este año no, que somos muchos y eso es mucho trabajo, mucho trajín... que luego las manos apestan, que si las uñas... en fin, que siempre ha tenido una imaginación extraordinaria pero este año se ha llevado el premio, y después de la retahíla que me ha soltado, a ver quién es la guapa que le dice que hay tres kilos de calamares esperándole en la cocina para la cena de Nochebuena, así que no he tenido más remedio que ponerme yo manos a la obra, yo, que nunca he limpiado un calamar, que cuando los he sacado de la bolsa, tan grandes, con esos ojazos que vienen de otra dimensión, esas bocas poderosas y cortantes rodeadas de brazos, y esos tentáculos largos con los que querían hacerme prisionera para despedazarme y comerme a picotazos antes de que troceara sus extremidades y los embutiera con el picadillo, he bajado a los abismos más profundos, me he perdido en laberintos de hielo y nieve y he deambulado desesperada por las montañas de la locura creyendo que no sería capaz de realizar semejante hazaña con éxito, pero al final he vencido, y ahí están todos los calamares limpios, rellenos y haciendo chup chup en la cazuela. Eso sí, la próxima vez le hago caso a mi madre.



## INERCIA

José Manuel Dorrego Sáenz

Melchor y Gaspar hace años que saben que los Reyes son en realidad los padres, pero aún así cada navidad se hacen ese larguísimo y tedioso viaje por el desierto. Más que nada, por mantener las tradiciones: y por no quitarle la ilusión al cándido de Baltasar.



## ACCIDENTE LABORAL

Tomás del Rey

El tímido sol de enero que le despierta este mediodía huele a resaca y a vacaciones. ¿Cuántas copitas de aguardiente cayeron anoche? Su problema es que nunca sabe negarse a lo que le ofrecen en bandeja, y después del décimo sitio ya había perdido la cuenta. Ahora intenta recordar qué hace ese zapato rojo de mujer alineado con los suyos junto a la cama. Un zapato de esos que siempre le han vuelto loco, tan sensual con su tacón de aguja y su brillo tentador de piruleta. Se le viene a la mente el momento en que lo descubrió anoche, las risitas y los codazos de sus compañeros de trabajo. Nunca le había pasado algo así: el manual de procedimientos deja bien claro que ni tratos con el cliente ni, por supuesto, sustracción de sus objetos personales. Deben de ser los años, la soledad, el hastío presentido de tantos meses por delante sin nada que hacer.

Llaman abajo: son Gaspar y Baltasar, que llegan para celebrar juntos el inicio de las vacaciones. Se levanta de un salto para esconder el zapato en un armario. Pero dentro hay un saco enorme por el que asoma una melena rubia, cuya dueña, por lo visto, también está despertándose.

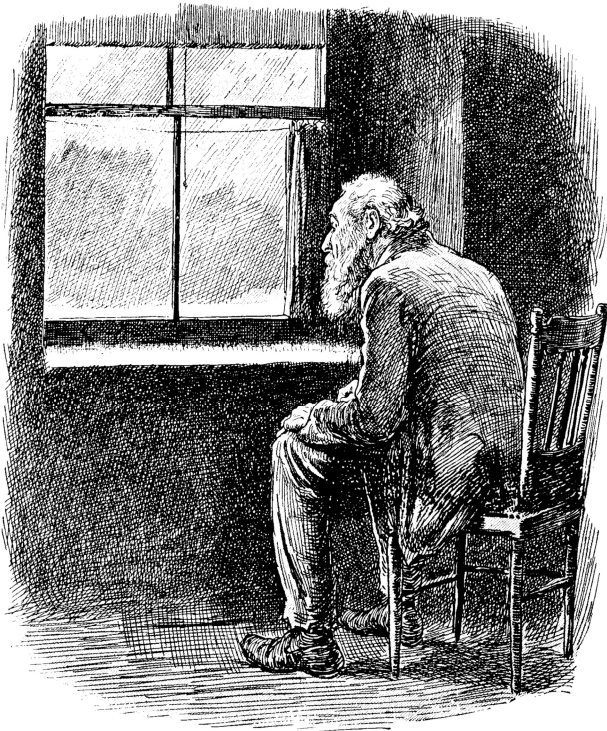


## CENA DE NOCHEBUENA

Pablo Núñez

Samuel miraba desde el balcón la vieja peluquería que llevaba casi un lustro cerrada y el escaparate de la tienda de móviles, que no hace tanto fue un video club. El recuerdo de aquellos dos locales

Todo lo que necesitaba estaba en su barrio. El sitio más lejano al que iba era la tienda de ultramarinos de Manuela, a siete manzanas de su casa, hasta que ella murió con su negocio. No tuvo más remedio entonces que tomar el autobús



hacia que en su mente resucitaran los años en los que siempre estaban llenos de gente y la calle rebosaba de chiquillería, ruido y color.

Ahora el barrio se había convertido en un retiro de personas grises, como él, que no tuvieron ni tiempo ni ganas de mudarse. Antonio, el antiguo barbero; Raúl, rodeado de sus viejas películas; Rafael —su mejor amigo—, el dueño del quiosco donde el papel de fumar, el tabaco a granel y los caramelos para la tos daban pie a tertulias trasnochadas. Al atardecer, los cuatro arreglaban el mundo alrededor de una mesa, mientras jugaban al dominó y manoseaban una libreta amarillenta, un lápiz y una navaja que hacía las veces de sacapuntas. Entre partida y partida, el único camarero de la taberna de Paco, que también era el dueño y que no se llamaba Paco, les traía vino peleón, aceitunas y frutos secos.

para hacer sus compras en el supermercado de un centro comercial, algo que lo horrorizaba.

Manuela fue su novia hasta que apareció un guardia civil, con gran porte y mejor futuro, que acabó siendo su marido y la hizo viuda en pocos meses. Samuel ya no quiso vivir de nuevo otro noviazgo, pues en su mundo las cosas empezaban y terminaban una sola vez. Se acercaba la Navidad y su amigo Rafael no cenaría esta vez con él. Unos familiares de Ciudad Real se acordaron de su existencia y, más por no hacer un feo que por gusto, había aceptado la invitación.

Al llegar la Nochebuena, Samuel se preparó unos huevos fritos con patatas y chorizo. Abrió una botella de vino tinto y sacó la copa de cristal de bohemia que le regalaron sus compañeros de trabajo el día de su jubilación. De postre había preparado un arroz con leche aderezado

con unas ramitas de canela y media piel de limón cortada en tiras, como le enseñó su abuela.

Se vistió con el traje de chaqueta que no se ponía desde el entierro de su madre, ¿o el de su padre? Hubo tan poca diferencia entre ambos que a veces era incapaz de acordarse si fue huérfano de madre antes que de padre o al revés. Después de perfumarse las muñecas y el cuello con unas gotitas de Varón Dandy, cogió el espejo del baño, lo puso encima de una silla frente a él y, en el momento en que se encendía el único adorno navideño que colgaba entre dos farolas de la calle, se miró fijamente. Después de brindar con su imagen, comenzó a cenar.

## DES-COMPUESTOS

Karla Baraja

Sus padres, tomados de la mano, observan a Dania quien arranca el moño; rompe la envoltura del regalo con los dientes; desgarrá trozos de la caja con desesperación.

—Mamá, ¿por qué mi perro tiene la lengua morada y de fuera? Está tieso. ¿Por qué Santa lo trajo muerto papá? Lo pedí vivo —reclama la niña. La pareja se suelta la mano.

—¿Ves?, te dije que era mala idea sedarlo para que no ladrara.



## LLUVIA

Santiago Eximeno

Gotas de lluvia.

La familia se abraza tras el desahucio.

## NI CHICO NI GRANDE

Miguelángel Flores

Cuando llegó la Nochebuena, la abuela llevaba varias semanas muerta, pero no lo sabía. Nadie se atrevía a decírselo. La familia lloraba a escondidas para evitarle un disgusto. A los niños no se lo expliquéis tampoco, que no se traumatizan, dijo mi cuñada, que había hecho secretariado. La abuela seguía el compás de los villancicos con los nudillos, lo mismo que si estuviera viva, mientras tomaba anís en una copa con forma de campanita al revés.

En medio de un 'Ay del chirriquitín, chirriquitín', apareció el abuelo, con su sombrero, en la puerta de la cocina. Ella chilló como se chilla al ver a un muerto. Todos guardaron silencio. Menos los pequeños, que seguían jugando a ser prisioneros bajo la mesa. Cuando se dio cuenta de que nadie más se había asustado, dejó de gritar. Se fue calmando hasta quedar callada y pensativa. Entonces, se levantó, cogió un último pestiño y, agarrándose del brazo del abuelo, echaron a andar lo mismo que cuando iban a la feria. Desaparecieron por la misma puerta de la cocina. Miré bajo el mantel y los más chicos se habían ido durmiendo, aún presos, sin sospechar que la abuela había muerto del todo.



## EL RATONCITO LÓPEZ

Fernando Codina

**T**oda bonita historia de Navidad tiene un comienzo... y un final. La primera vez que la escuché, fue de los labios de mi abuelo Luis, que en paz descanse, y cuyo nombre heredé. Y todavía la recuerdo, ahora que yo mismo soy abuelo de dos criaturas tiernas y preguntonas de cinco y siete años. Hace ya mucho tiempo que no creen en Papá Noel ni en los Reyes Magos, puesto que sus padres les contaron "su verdad" meses antes de cumplir los seis. Pero yo todavía sigo poniendo el Niño Jesús de mazapán... y todos los años, cuando amanece el día de Reyes, tiene los pies mordisqueados, eso cuando la figura no ha desaparecido durante la noche.

Todo empezó en los años cuarenta, del siglo pasado, en plena posguerra. En mi casa, no sobraba nada, las prendas de ropa eran heredadas de un hermano a otro. En un pequeño piso de poco más de cincuenta metros, vivíamos el abuelo Luis, mi madre María, mi padre Eduardo, mi hermana Margarita, y mis hermanos Sebastián, Fernando, Teodoro, y yo, Luis, el benjamín, y por ello quizás el más mimado.

En mi casa éramos muy navideños, nos encantaban aquellas fiestas, por la oportunidad que representaban de olvidarnos de la política, de la pobreza que acecha a la clase media, y reunirnos todos, por unas horas, bajo el mismo techo. Y aquellas fiestas tenían dos grandes símbolos: el árbol de Navidad (bueno, más bien una gran rama de pino que nos vendían los gitanos de la Plaza Mayor, con un cepellón de arcilla para simular las raíces), y el Belén.

Cada año, ir a comprar el árbol se convertía en toda una aventura, sobre todo porque no teníamos una furgoneta, y había que traerlo a casa, un cuarto piso exterior en la calle Espíritu Santo, con el 600 que nos prestaba mi tío Andrés. Evidentemente, un árbol de más de metro y medio era imposible que cu-

piera dentro de ese cochecito, por lo que había que asegurarlo sobre el techo con un montón de vueltas de la cuerda del tendedero (que mi madre había desmontado aquella mañana). Mi madre ya se había encargado, con la ayuda de mis otros hermanos, de despejar el comedor, moviendo la mesa hasta una de las esquinas, y preparando la maceta para el árbol cerca del ventanal.

Del atillo del armario de mis padres, salían caja tras caja las bolas, todas ellas de cristal, las guirnaldas de espumillón de distintos colores, y por supuesto, la estrella de la punta. Y entonces, con la decoración del árbol terminada, era el momento favorito por todos: a media tarde, la colocación del Belén, en la mesita de alas extensibles sobre la que habitualmente poníamos la radio. Lo primero era poner un mantel de tonos marrones, para simular la tierra del desierto. Luego, un río de papel de plata, con su pequeño puente de madera. Más tarde, el portal de Belén, en nuestra casa era un establo, que había sido construido por mi padre. Todas las figuras estaban hechas de madera, con

un gran realismo, y vestidas con pequeños trozos de tela, y las manos y la cara pintadas de rosa. El Niño Jesús era una obra de artesanía, cubierto solamente por un pequeño paño azul, y con sus brazos, piernas, torso regordete y carita tan dulce, con una pequeña corona dorada en la cabeza.

Pero aquella Navidad del año 1942, iba a producirse una pequeña tragedia... Y a dar comienzo a una nueva tradición. Porque justamente el día de reyes, cuando los hermanos nos levantamos para buscar nuestros regalos a los pies



del árbol, enseguida vimos que había pasado algo con el Belén... Las figuras de los Reyes Magos estaban por el suelo. La mula se recostaba contra San José. A la Virgen María le faltaba el manto. Y el Niño Jesús... ¡Y el Niño Jesús! ¡Al Niño Jesús le faltaban los pies!

Mi hermano Teodoro se fue a avisar a nuestros padres, que todavía seguían durmiendo en su habitación. Mientras que yo, acunaba en mis manos al pobre muñeco mutilado, que para mí encarnaba la esperanza y la misma ilusión de la Navidad. Mis padres, un poco confundidos por tanto llanto, salieron raudos de la cama, y se encontraron con todo el pastel. Mi abuelo Luis, con su

pragmatismo habitual, empezó a buscar causas y consecuencias. "Si tuviéramos gato, sin duda él sería el culpable de este desaguisado", nos dijo. "Pero en este caso, los sospechosos habituales son los de siempre, estos cinco pilluelos..." Mi padre nos hizo pasar de uno en uno al dormitorio, y nos interrogó por separado. Y fue mi abuelo Luis el que se dio cuenta, a media mañana, de que había una pequeña madriguera de ratón en una de las esquinas del comedor. "¿Pero bueno, qué tenemos aquí? Lo mismo nuestro culpable está más cerca de lo que pensaba. Lo que vamos a hacer", dijo mi abuelo, "es poner una trampa, cerca del Niño Jesús, que tanto le gusta. Y después, ya decidiremos."

Llegó la noche. Mi abuelo: cogió un plato llano de la vajilla de Duralex, sobre el que puso una pequeña cantidad de melaza, bien pegajosa; y en el centro, puso al Niño Jesús en su cuna. A la mañana siguiente, con las cuatro patitas y el rabo presas en la melaza, apareciese un pequeño ratoncito blanco, de esos de laboratorio. ¡Ya teníamos al criminal! Y en esas estábamos, dilucidando el futuro, bastante negro, del ratón, cuando mi abuelo se acercó a la pequeña fiera, que ya había dejado de tratar de escapar de la melaza... Y le miró a los ojos. "Sentí que yo era responsable de la vida de ese ratón, al haberlo cazado con mis malas artes. Y también supe que no sería capaz de matarlo... Así que me acerqué a él, levanté el plato, y con el mayor cuidado, lo llevé a la cocina, lo metí en la pila, y empecé a dejar correr el agua. Se mojó bastante, pero al mismo tiempo se quedó libre. No se atrevía a moverse, así que lo cogí entre mis manos, y lo sequé con un trapo de limpiar los platos. Luego, rodeado por la familia, fui hasta la puerta de la casa, lo deposité sobre el felpudo del rellano, y volví a entrar."

Así debería haber terminado la aventura del ratón... Pero estábamos muy equivocados. Porque a la mañana siguiente, el Belén estaba de nuevo patas arriba, y los pies del Niño Jesús un poquito más mordidos. Mi abuelo lo

examinó con atención, y comprobó una cosa bastante extraña: ¡la pintura sabía dulce! Igual era de esas elaboradas con azúcar y clara de huevo. ¿Y si era eso lo que atraía al ratón?

Por eso, aquella noche, la víspera de la recogida del montaje navideño, decidió cambiar el Niño Jesús por una figurita de mazapán... Y al día siguiente, no quedaba ni rastro. Resultaba que teníamos por vecino a un ratón goloso. Y

nos hizo mucha gracia, tanta que incluso le pusimos un nombre, "Ratoncito López"... De esa manera tan tonta, surgió una nueva costumbre navideña, la de poner una pequeña ofrenda para "nuestro huésped no muy deseado" en aquellas fechas tan señaladas. Y durante muchos años, las aventuras de nuestro ratonil compañero se convirtieron en parte de nuestras vidas.

Cuando cumplí los 16, una noche de

Reyes en que no podía dormir, me asomé al comedor... Y resolví el misterio. Allí estaba mi abuelo Luis, comiéndose tan feliz la figurita de mazapán, con una pequeña copa de vino dulce, cosas ambas prohibidas por el médico de cabecera, porque tenía el azúcar muy elevado. Él me guiñó un ojo, me sonrió, y siguió degustando su mazapán...

Ahora bien... ¿Alguna vez el "Ratoncito López" se comió el dulce, o siempre fue

obra de mi abuelo? Supongo que es algo que nunca sabremos... Pero durante todos estos años, y sin importar que nos hayamos cambiado de casa, que yo haya formado mi propia familia, y que ahora viva con mis nietos... Nunca ha faltado la figurita de mazapán dentro del pesebre el día de Reyes... ni la pequeña copa de vino dulce... Y mis nietos siguen hablando del "Ratoncito López", y su afición al mazapán.



## FANTASMAS

Paola Tena

**H**ace mucho que ya nadie visita a Ebenezer Scrooge, y esta víspera de Navidad, fría y desapacible como el cliché de un cuento, se parece mucho a esas otras noches cuando por lo menos le acompañaban sus defectos. Al salir de la tienda que ahora solo le da pérdidas, cierra el candado. El clin-clan le recuerda a su socio Marley, que tenía buenas intenciones pero era bastante pazguato. Ni para arrastrar las cadenas tenía gracia, se le enredaban entre los pies y estropeaba los muebles. "Tres fantasmas han de visitarte", le advirtió aquella noche, y Ebenezer se sentó en su sillón a fumar un puro, con algo de cínica expectativa. Ahora, por más que espere, ni fantasmas, ni puro, ni *clin-clan*. Avanza por la calle desierta. El vapor blanco que se escapa de su boca es el único espectro que lo acompaña. Llegado al parque la ve ahí, de pie y estática, casi desnuda. Tiene la mirada fija en un punto detrás de él, y Ebenezer aprovecha su abstracción para tocarle el bajo del vestido. Gélico, igual que toda ella. Porque es ella, está seguro. En esa otra Navidad lo tomó de la mano, y no estaba fría, al contrario, ardía como la fiebre. Tampoco era una simple estatua sobre un pedestal sino casi una niña que lo llevó de recuerdo en recuerdo, y así pudo verse tan pequeño y feliz, demasiado inocente. "Madre", musita sin querer, y

sus palabras, convertidas en esquirlas de hielo, se precipitan sobre la nieve sucia de pasos antiguos, perdiéndose para siempre.



Sigue adelante, caminando encorvado, más dolorido. Atisba a través de las ventanas como si se trataran de escaparares donde las familias exhiben, impúdicas, su regocijo. Tras una reconoce al hijo de su empleado Cratchit, trinchanto el pavo, ahora sano. Alza la copa para brindar y también los ojos y su mirada atraviesa la ventana, pero no reconoce a Scrooge. Peor aún, quizá ni siquiera lo ve, porque el hombre sigue sonriendo, brindando, bebiendo, sin la mínima señal de turbación. No sabe

cuánto tiempo se queda ahí, la nariz y las manos apretadas contra la vidriera, el estómago exigente, el sentido común extraviado. La cortina termina por cerrarse, y él continúa por fin.

Cuando llega a su destino empuja la puerta. Todo está oscuro pero intuye el camino. Encuentra la caja oblonga y, dentro, un cuerpo con el rostro fosforescente, casi idéntico al suyo. Pero no puede ser, porque él está vivo, ¿o no? Luego recuerda que al último fantasma nunca pudo verle la cara que ocultaba bajo la capucha y que la voz, por más que pareciera ultraterrena, no le era del todo desconocida. Pero eso ya no importa, porque ha encontrado también su sillón y el puro que se dejó a medias, y aunque intenta traer a su memoria a todos sus fantasmas, ya no puede. Ellos también se han hartado de Ebenezer y sus reminiscencias, y quisieran que, por una vez, los dejara descansar en paz.

jado de escuchar una sucesión de golpes secos sobre el techo, justo encima de su cama. «¿Es que no pueden decirle a ese niño que en casa no se juega al balón?», piensa. Intenta volver a dormir, pero es incapaz. Hace tiempo que el insomnio la acosa como un monstruo agazapado bajo su cama.

Se levanta y prepara un café con tostadas. El día promete ser largo y trata de improvisar algún plan mientras mordiaquea el pan tostado. Envía un mensaje al grupo de whatsapp de sus amigas del pueblo, las de toda la vida. «¿Alguien se anima a dar un paseo esta tarde?», pregunta. Pero nadie contesta. Imagina a Gloria con su hija de cinco años, a Clara con los mellizos y a Susana con su bebé recién nacido. Todas abriendo paquetes, montando juguetes, fotografiando la risa infinita de sus hijos.

Decide salir sola; no puede quedarse en casa. Se coloca la misma ropa del día anterior, abandonada con desidia sobre una silla en la que se amontonan diversas prendas como en una colorida escultura. La calle no es en realidad mejor que su casa. Se encuentra a un niño probando su patinete nuevo, al vecino del sexto jugando con su hijo-efectivamente, era un balón de baloncesto lo que golpeaba sobre su cabeza; y a una niña paseando a su muñeco. Compra el pan y vuelve a casa. Se plantea, por un instante, la posibilidad de adquirir un roscón de Reyes, pero son todos demasiado grandes para una sola persona. Dormita en el sofá hasta las dos de la tarde. Aunque no tiene

## DÍA DE REYES

Mayte Blasco

**H**oy es seis de enero. Habría preferido levantarse tarde, muy tarde. Tal vez saltarse el desayuno y almorzar directamente. Pero los vecinos del sexto la han despertado a las ocho de la mañana con su júbilo ruidoso. Han debido de regalarle al niño un balón de baloncesto, porque durante media hora no ha de-

hambre, se dirige a la nevera y saca algo de fiambre. Por cuarto día consecutivo, decide comer un bocadillo. No tiene ganas de cocinar otra cosa.

Tras su anodina comida, accede a través de su teléfono a esa aplicación de contactos a la que recurre en ocasiones. Apenas indaga un par de minutos en la inmensidad de fotografías disponibles a un solo clic. Un hombre moreno de cuarenta años es el elegido. Charlan sobre banalidades y solo dos horas más tarde el tipo llama al timbre de su casa.

Ni siquiera le ofrece una bebida; hace tiempo que se saltó los protocolos absurdos. «Fóllame», le dice. Y el hombre obedece, arrancando su ropa y penetrando ese cuerpo vivo que aloja una mente muerta. El chico se marcha enseguida, tras un breve descanso postcoital. Anochece y ella sigue echada sobre la cama, desnuda, observando fijamente una mancha de humedad con forma de pato que hace tiempo que adorna su techo.



«No es un pato, mamá, es un cisne», decía siempre él. Y ella reía.

## ADORNOS NAVIDEÑOS

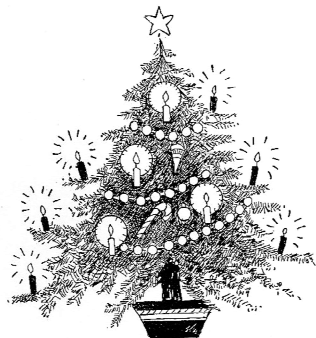
Ana María Abad

**E**rnesto entró en el salón justo cuando yo terminaba de colocar en todo lo alto del abeto la estrella navideña. Su gruñido sordo me golpeó la espalda como un martillo en el yunque.

—No sé por qué te empeñas en utilizar todos los años los mismos adornos viejos y cutres. Desde que vivimos juntos no has puesto ninguno nuevo.

«A lo mejor ya va siendo hora». Ese pensamiento se filtró en mi cerebro con total naturalidad y dejé que me empapase como la lluvia que caía suavemente al otro lado de la ventana.

La caja que había contenido los ornamentos reposaba a un lado, vacía: era el momento de revisar que todo estuviera en su lugar. Rocé con las yemas de los dedos una bola plateada salpicada de puntitos nevados. Siempre fui la favorita de la abuela, todos lo sabían. Di un leve toquecito con la uña a la bola contigua, de color gris oscuro y surcada de finas estrias horizontales. El abuelo también lo sabía y los celos se le escapaban por los ojos, arrugándole el rostro y el carácter. Acaricié apenas la bola verde que ocupaba la posición central. Mamá era mi confidente, mi aliada en aquella casa marcada por el odio. Pasé la mano de largo ante la bola azul marino aunque ardía en ganas de darle un buen empujón y estamparla contra el suelo. Pero me contuve, lo que tantas veces debería haber hecho papá y nunca hizo. Repasé uno a uno los adornos que colgaban de las ramas evocando un rostro, una mirada, una frase. Por último, como cada año, me detuve ante la estrella de la cima, que brillaba con luz propia, igual que la sonrisa de mi dulce hermanita, la que se nos fue con tan sólo seis meses de unas fiebres malignas. Le mandé un beso volador y la estrella se balanceó un instante al recibirlo.



Luego eché una mirada fugaz a Ernesto que, siguiendo su costumbre, se había apoltronado en el sofá y leía el periódico, sin dejar de mascullar sus críticas y quejas contra todos y contra todo. ¿En qué momento se me ocurrió

enamorarme de semejante espécimen? ¿Tan ciega estaba yo o es que él había cambiado como de la noche al día? A estas alturas, la respuesta a esa pregunta me resultaba del todo indiferente. Hice una mueca de disgusto ante el color rojo chillón de su jersey -tejido por su madre, cómo no- y me dirigí a la cocina a ultimar los detalles de la cena: nuestros invitados no tardarían en aparecer.

Cuando las dos parejas de amigos llegaron, les extrañó no ver a Ernesto en su lugar habitual del sofá. Su insistente curiosidad sólo obtuvo como resultado la concisa declaración por mi parte de que ya no le verían más. Todos asumieron que habíamos roto y yo no les contradije.

Tras una primera copa y un poco de charla insustancial, me dispuse a servir la cena de seis para los cinco. Al salir de la cocina con la bandeja del pavo asado a las hierbas, el favorito de Ernesto, una invisible ráfaga de aire agitó con violencia la nueva bola que colgaba en la parte más baja del árbol, la de color rojo chillón.

## AQUELLA NAVIDAD

Vicente Ortiz

Esta tarde apesta a Navidad, ya sí.

Ninguna superará a aquellas en casa de la abuela, con todos los primos montando escándalo. Con los tíos alegres de Moscatel. Con la aguada sopa de marisco. Con el abuelo atiborrándose de dulces. Crecer es una mierda.



## NOCHEBUENA DE AMOR

J. M. Sánchez

Cuando llegué estaban poniendo la mesa para cenar, como si nada, eso sí, todo se podía comer con las manos, ni rastro de cuchillos o tenedores, incluso había vasos de usar y tirar, como la sonrisa de todos nosotros, que no alcanzaba para hacernos perdonar, pero que nos servía para poder afrontar la velada en armonía.

— ¿Qué tal el mitin?

Al escuchar a la abuela, todos comprendimos que también deberíamos despojarnos de insignias y banderas, pero nadie quería ser el primero, y de nuevo se montó la trifulca. A esa loca le encantaba alegrar las fiestas familiares.



## LAS COSAS QUE ECHO DE MENOS

Rakel Ugarriza

Nochebuena en casa de mis padres.  
 Nochevieja en la de los tuyos.  
 Las aglomeraciones en nuestras tiendas favoritas con las compras de última hora.  
 Preguntar si cabemos dos más en el ascensor.  
 Pintarme los labios.  
 Las largas noches en los bares bebiendo de la misma copa.  
 Taparme la boca al reír.  
 Esas mismas ganas de reír.  
 Escuchar tu tos sin sentir una punzada de pánico en el pecho.  
 La pasada Navidad o cualquiera de las últimas diez.  
 Quitar uvas de mi plato para ponerlas en el tuyo cuando no miras.  
 Desear feliz Año Nuevo a todo el mundo más allá del siete de enero.  
 Todos los días anteriores a tu ausencia.  
 Los abrazos cuando más los necesito.  
 Motivos para celebrar la Navidad o cualquier otra cosa.  
 Los entierros sin aforo limitado, pues te merecías una multitudinaria despedida.  
 A ti.



## EL ILUSIONISTA

María Sergia Martín

Padre nos prometió una gran sorpresa cuando tañera la última campañada del año. Madre supuso que, por fin, había encontrado un trabajo y rezó arrodillada. Yo imaginé la bicicleta BH que llevaba dos años pidiendo a los Reyes, y Merlín y Tábata eran demasiado pequeños para pensar... Cuando dieron las doce, padre sacó su nueva varita mágica e hizo aparecer un conejo en la sopera. Se le cayeron las lágrimas. Era su primer lepórido. Madre también lloró, pero de rabia, mientras le ponía de patitas en la calle con todos sus cachivaches. Dijo que ya no aguantaba más, que era un fracasado y que, con tres crios, tenía bastante... Después, también lloré al sentir que le perdía.

La señá Joaquina, la presidenta, enternecida, nos cedió un trastero y allí le escondimos. Fue nuestro secreto. Lo sigue siendo. Cada tarde, acudo al cuarto para darle un beso. Él continúa ensayando su truco, el que – según dice– le convertirá en el mejor mago del mundo. Cierra los ojos con fuerza; se cubre con un trapo rojo; pronuncia las palabras mágicas y desaparece...

Yo me marchó aplaudiendo, fingiendo que no le veo, como cuando era niño. Sé que solo así podrá dormir tranquilo.



## EL MILAGRO DE SANTA

Rafalé Guadalmedina

**P**reveía la Nochebuena más anodina de mi bochornosa vida. Tras una serie de desafortunados incidentes relacionados con el protocolo y la corrección, mi familia había vetado mi asistencia a la cena a cambio de las cabezas de langostinos y los huesos de cordero sobrantes. Para la cena compré una pizza precocinada y me estiré con la marca del car-

tón de vino. Encendí unas velas e incienso que había tomado prestado de la Iglesia del Cristo Soberbio y de fondo puse en bucle el clásico, injustamente defenestrado, 'Santa Claus llegó a la ciudad' de Luis Miguel. Además de un chaleco reflectante y unos pantalones de licra verde, me engalané con una diadema de reno y una nariz que emitía una siniestra luz roja.

Al terminar el solitario banquete, me dirigí a participar en la Misa del Gallo. En un gesto para reivindicar la igualdad de género, me hice acompañar por la gallina de modales más refinados de la granja. Mientras me preguntaba que qué clase de padres tenían la desfachatez de parir año tras año al mismo niño sobre un humilde pesebre y obviar la existencia de hospitales y sanidad pública, la gallina se puso a cacarear

Tirado por los galgos incansables, el carromato se adentró en los barrios de la periferia. Las fogatas en barriles de gasolina, corrillos de guitarras y voces perfumadas que cantaban villancicos y algún que otro equino suelto custodiaban la entrada a los poblados olvidados por las autoridades. Mientras tanto, el supuesto Santa Claus me advertía sobre mi cometido. Al llegar a la casa señalada, Santa tomaba uno de los paquetes

y de ellos salieron cerca de diez tipos armados. En pocos segundos dieron caza a Santa y así pusieron fin a su noche de desenfreno y alucinación.

Desde las hamacas de un paradisiaco resort del Mar Menor, junto a mi fiel gallina, degustando un delicioso mojito y con unos tímidos rayos de sol cubriendo mi rechoncha figura, he podido escuchar que anoche la Guardia Civil atrapó a un insólito traficante. Aparte de ir ataviado de Santa Claus y de descubrir un laboratorio con toneladas de estupefacientes, lo más sorprendente del caso es que no se requisó ni un euro. La policía sospechaba estar frente a una especie de Santa Hash, un fantástico ser que obsequia a sus clientes con mercancía de contrabando en Nochebuena para hacer las delicias de desdentados y furibundos consumidores. «Es la magia del espíritu navideño, que también se apodera de los narco traficantes», aseguraba el jefe de policía. Mientras recontaba el aguinaldo que me había provisto mi trabajo como ayudante de Santa Hash, no podía disimular mi satisfacción al haber contribuido al alumbramiento de tan extraordinario milagro.



como una descosida y tuve que escapar antes de recibir la comunión. En la puerta de la iglesia presencié una inesperada aparición. Un grupo de seis galgos famélicos tiraban de una suerte de carreta destartalada que conducía un tipo vestido con un traje de franela roja, pelo largo y barba blanca. En lugar de una generosa barriga, el cuerpo del extraño era escuálido. Al verme me saludó con un triste «¡Ho ho ho, Feliz Navidad!». Esto me permitió contemplar que el extraño ser apenas tenía dientes y padecía una terrible melopea. El tipo estaba flanqueado por una bolsa de tela negra que parecía cargada. Con unas torpes señas, el extraño personaje me invitó a subir y acompañarle.

de la bolsa y lo entregaba a cambio de un puñado de billetes. Desde la carreta yo vigilaba el resto de la mercancía y procuraba que la cuadrilla canina se hidratara y repusiera fuerzas con un paté enriquecido en proteínas y anfetaminas. Se atisbaban los primeros rayos de sol cuando procedimos a repartir el último regalo. Desde un extremo de la avenida empezaron a acercarse a toda velocidad varios coches de un aspecto tan moderno y limpio que resultaba difícil adivinar que procedían de la zona. Sin pensármelo dos veces, tomé a mi gallina bajo el brazo y juntos nos adentramos en las tinieblas que limitaban las chabolas. Los automóviles frenaron bruscamente a la altura del cargamento

AUTORES Y AUTORAS



Fantomastxiki



Ángeles Mora



Ana Tomás



J. Manuel Dorrego



Tomás del Rey



Pablo Núñez



Karla Baraja



Miguelángel Flores



Santiago Eximeno



Fernando Codina



Paola Tena



Mayte Blasco



Vicente Ortiz



J. M. Sánchez



Ana M. Abad



Rakel Ugarriza



M. Sergia Martín



Rafalé Guadalmedina

# FINIS

